

# GUERREROS EN EL CAMINO DE SANTIAGO

Por  
Luis Morenés y Areces,  
Marqués de Bassecourt

En afirmación de Lacarra, Uría y Vázquez de Parga lo que hoy conocemos como *Camino de Santiago*, tras el inicial flujo de peregrinos, se convirtió también en la más importante vía mercantil de la España cristiana, puesto que atravesaba la península ibérica de Este a Oeste, y en el nudo de unión, con lo que entonces —en opinión del Marqués de Lozoya— se llamaba *La Cristiandad* y que hoy llamamos Europa.

Ahora bien, muchas veces nos hemos preguntado: ¿Tan sólo en una vía de mercaderes y peregrinos? La respuesta está en las líneas que siguen en las que hemos anotado dos momentos históricos —separados cronológicamente por más de cuatro siglos— en los que las *vías Jacobeas* fueron escenario también de hechos de armas, transitando por ellas ejércitos que unas veces intentaron y otras lograron cambiar el curso de la historia por donde normalmente caminaban o cabalgaban peregrinos y mercaderes.

Así, la frase de Von Bohlen «En la Edad Media sólo se viajaba para peregrinar o comerciar» queda en entredicho, puesto que guerrear muchas veces obliga a forzados desplazamientos. He aquí los dos momentos históricos que lo demuestran:

## Los Plantagenet y los Trastámara.

Durante el segundo tercio del siglo XIV reinaron simultáneamente en la península ibérica tres monarcas conocidos con el calificativo de *el Cruel* —Pedro I de Portugal, Pedro I de Castilla y Pedro IV de Aragón— y uno conocido con el también calificativo de *el Malo*: Carlos II de Navarra.

Semejante coincidencia no es de extrañar que transformase, aunque sólo fuese por cortos espacios de tiempo, los caminos utilizados por los peregrinos que iban a, o venían de, visitar el sepulcro del Glorioso Apóstol Santiago, en rutas transitadas por grandes o pequeños ejércitos y los albergues de romeros en campamentos militares.

Con el apoyo de Pedro IV de Aragón, Carlos V de Francia, Carlos II de Navarra y del Pontífice Urbano V, sin olvidar al caballero bretón Bertrand Du Guesclin, Enrique, Conde de Trastámara, se co-

ronaba el 29 de marzo de 1366, en Burgos, Rey de Castilla y de León, mientras que Pedro I, a quien Pedro I de Portugal había negado asilo, se embarcaba en el puerto de La Coruña y, tras una breve escala en San Sebastián, alcanzaba Capbreton, uno de los puertos del Principado de Aquitania e invocaba la «perpetua alianza» entre Castilla e Inglaterra refrendada por el Tratado de Londres, firmado en 1362.

Con el beneplácito del Rey de Inglaterra Eduardo III, su primogénito Eduardo de Woodstock, segundo Príncipe de Gales (1), que pasó a la posteridad con el apodo de *El Príncipe Negro* por el color de su armadura, convocó en Bayona al Rey Carlos II de Navarra, hasta entonces partidario del de Trastámara; a Gastón IX *Febus*, Vizconde soberano del Bearne, y al depuesto Rey Don Pedro. Lo acordado entonces —reponer en su trono al monarca castellano a cambio de muy onerosas concesiones— se refrendó en los castillos de Condat y de Saint-Emilión.

Cumpliendo lo acordado, el Príncipe Negro, acompañado de Pedro I y con aguerrido cortejo de caballeros aquitanos, llegó a Dax, procedente de Burdeos, el 13 de enero de 1367. En esta etapa de la *Vía Turonensis* —que como recuerda Ernesto La Orden Miracle había sido limpiada de bandidos por Ricardo I *Corazón de León* unos ciento veinte años antes— fue cumplimentado por Gastón IX *Febus* (2), que le confió el pequeño destacamento de bearneses prometido y se le unieron las fuerzas llegadas de Inglaterra, al frente de las cuales figuraba su hermano menor Juan de Gante. En cambio, Carlos II, de nuevo en tratos con Enrique de Trastámara, se hizo esperar y no se les unió hasta fines de dicho mes.

Tras atravesar Saint-Jean-de-Pied-de-Port, que entonces se llamaba —como indica Jean Pierre Sallaberry— San Johan deu Péu-Port (3), la bélica comitiva, a la que se había sumado Jaime III, Rey nominal de Mallorca (4), a quien Pedro IV de Aragón le había arrebatado padre y reino al mismo tiempo, pero conservaba todavía, aunque en precario, el señorío de Montpellier o de Montpellier, tras franquear el

(1) El Príncipe Carlos, primogénito de la Reina Isabel II, hace el número 21 de los que han ostentado dicho título.

(2) Llamado también Gastón III siguiendo la cronología de los Condes de Foix, desde el año de 1290 también Vizcondes del Bearne. Vid. la obra de P. TUCOO-CHALA *Histoire du Béarn*. París, 1962.

(3) JEAN PIERRE SALLABERRY: *La Baja Navarra*. Temas Navarros de Cultura Popular. Pamplona, 1972.

(4) Jaime IV si en la cronología de los Reyes de Mallorca se considera primero de su nombre a Jaime I el Conquistador, en vez de a su segundogénito. Esta última cronología es la utilizada por el MARQUÉS DE LOZOYA en su *Historia de España*, tomo II. Barcelona, 1968, y JOAN REGLÁ en su *Introducció a la Historia de la Corona d'Aragó (Dels Orígens a la Nova Planta)*. Palma de Mallorca, 1969.

puerto de Ibañeta, se guarecía, al igual que tantos devotos peregrinos, en la Real Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles y edificios anexos.

El 23 de febrero el ejército del Príncipe Negro —unos siete mil hombres— se agrupaba en Pamplona. Enrique II, que ya contaba con el refuerzo de las *compañías blancas* de Du Guesclin, ante el itinerario seguido por su rival —*Vía Turonensis, Real Camino Navarro*—, no dudó que lo más probable era que éste descendiese a Estella por Puente la Reina, para proseguir por el llamado *Real Camino francés a Santiago de Compostela*, al igual que los numerosos mercaderes y peregrinos que normalmente lo utilizaban, por lo que, por el mismo camino, aunque en sentido opuesto, se desplazó con su ejército de Burgos a Logroño. Pero dejando guarnición en Logroño se retiró a Nájera al enterarse que el Príncipe Negro y sus aliados desde Pamplona, a través de las sierras de Andía y de Urbasa habían alcanzado Salvatierra de Alava y Vitoria.

El primero de abril las tropas del Príncipe Negro estaban ante Logroño. Ni la carta del Rey de Francia Carlos V, llamado *el Sabio*, recomendándole no presentar batalla, ni los consejos del bretón Du Guesclin proponiéndole organizar emboscadas como la que le había costado la vida a William, hermano del senescal de Aquitania Thomas Felton y a doscientos caballeros anglo-gascones, hicieron desistir al de Trastámara de presentar abierta batalla en inferioridad manifiesta de efectivos, puesto que disponía de unos 4.500 hombres frente a cerca de 9.000 de su oponente, puesto que a los 7.000 que llegaron a Pamplona se habían agregado 2.000 navarros mandados por Martín Henríquez.

Camino de Santiago adelante, el Príncipe Negro cubrió la etapa Logroño-Navarrete, mientras que Enrique II ordenaba a sus tropas franquear el río Najerilla por el puente que, según la tradición, construyó San Juan de Ortega. Dicho río y la ciudad de Nájera quedaban atrás impidiendo una posible retirada.

Remontando, desde Huércanos, el curso del Najerilla, les tres *Batallas* del Príncipe Negro atacaron a las cuatro de Don Enrique. La flor y nata de la caballería de Europa, luchó de una y otra parte, aunque predominasen los anglo-gascones, navarros y bearneses del lado vencedor y los castellano-leoneses, aragoneses, franceses y bretones, del perdedor. La lucha fue cruenta, y tanto el cronista del vencido —nada menos que el Canciller don Pedro López de Ayala— como el del triunfador —el flamenco Jean Froissart— anotaron que las aguas del río enrojecieron con las derrotadas huestes del Trastámara.

Anocheecía cuando «el Príncipe preguntó a sus capitanes: ¿Ha muerto el Bastardo o ha caído prisionero? Como le respondiesen que

no había sido encontrado todavía, gritó: Entonces ¡nada se ha conseguido!» (5).

Efectivamente, el «Bastardo» burlando la vigilancia de Pedro IV de Aragón se refugiaba en la Corte de Carlos V de Francia, mientras que Pedro I de Castilla y de León, con poco entusiasmo alojaba a las tropas de sus aliados en Burgos —siempre Camino de Santiago adelante— y en Valladolid, con Medina del Campo la ciudad más abastecida y comunicada de toda España en aquel tiempo (6)

Mientras que, Pedro I de Portugal, llamado *el Cruel* por unos, *el Justiciero* por otros, fallecía en ese año de 1367, su cuatro veces homónimo castellano, dispondría de vidas y haciendas casi dos años más. Haciendo profética la frase pronunciada por el Príncipe Negro el día de su victoria en Nájera, el «Bastardo» saldría de los campos de Montiel con el calificativo de *el Fratricida*, pero sería el Rey Nuevo, Enrique II, cabeza de una dinastía que traería la paz a la península, y poco más de un siglo después, la unidad a España.

Pero uno de los protagonistas de la batalla de Nájera, Juan de Gante, el hermano menor del Príncipe Negro, casado en primeras nupcias con su prima la Duquesa de Lancaster, y en segundas nupcias con Constanza, hija y, por disposición testamentaria, heredera del trono del Rey Don Pedro, reclamaría durante años para sí la Corona de Castilla.

Después de la firma en Windsor, el 9 de mayo de 1386, de un tratado de alianza con Juan I de Portugal (7), Ricardo II *el de Burdeos*, autorizó la partida de su tío Juan de Gante, Duque de Lancaster, al frente de un cuerpo expedicionario.

El Duque de Lancaster, su esposa Doña Constanza, sus hijos y mucha gente armada desembarcaron en La Coruña el día de Santiago de dicho año. Sin oposición alguna, recorrieron el trayecto La Coruña-Compostela, efectuando, al llegar a esta última población y, en su Catedral, la entonces ya tradicional ofrenda al Glorioso Apóstol. Sus tropas se adueñaron, casi sin resistencia, de toda Galicia, anotando el cronista flamenco, Froissart, que los ingleses «encontraron en Galicia carne y vino en abundancia, por lo cual sus arqueros se emborrachaban a menudo y despertaban tan enfermos por la mañana que no podían hacer nada en todo el día».

(5) MICHELINE DUPUY: *Le Prince Noir (Edouard, Seigneur d'Aquitaine)*. París, 1970.

(6) GONZALO MENÉNDEZ PIDAL: *Los Caminos en la Historia de España*. Madrid, 1951.

(7) Por un Tratado anterior, suscrito en Londres el 16 de junio de 1373, Enrique III de Inglaterra y Fernando *el Formoso* de Portugal reconocieron los derechos de Juan de Gante, Duque de Lancaster al trono castellano-leonés, hasta entonces también reclamado por el Rey de Portugal, como bisnieto de Sancho IV *el Bravo*. Vid. JOAO AMEAL (da Academia Portuguesa da Historia): *Historia de Portugal*. Porto, 1942.

Algunas de estas fuerzas —como las que ocuparon Pamplona y Barcelona, mandadas respectivamente por los generales d'Armagnac y Duhesme— no franquearon la frontera por el paso de Irún pero, dato curioso, hasta entrado el año de 1809 no entró fuerza francesa alguna por el puerto del Somport y restantes pasos del Alto Aragón.

Sucesos tan conocidos como los del 2 de mayo, en Madrid, el cautiverio de la familia real, y la rendición, en Cádiz, de la escuadra imperial del Almirante Rosilly, entre otros, motivaron en el mes de julio de 1808, una reunión en Bayona del Emperador Napoleón con su hermano José y el Mariscal-Príncipe de Murat, este último ya dimitido del mando de los ejércitos franceses en España. Tras ella, Napoleón regresó a París, Murat partió a ocupar el trono de Nápoles y José a proclamarse Rey de España en Madrid, con tan mala fortuna que entró en la «capital de su reino» el 23 de dicho mes de julio, el mismo día en el que el General Dupont capitulaba en Bailén ante el General Castaños.

Ocho días después, el recién proclamado *José Napoleón I*, abandonaba la capital y se refugiaba en Miranda de Ebro, estableciendo al poco tiempo su cuartel general en la ciudad de Vitoria.

Mientras tanto, el Mariscal Junot derrotado en Roliça y Vimieiro por Sir Arthur Wellesley —el futuro Duque de Wellington y Marqués de Ciudad Rodrigo— firmaba el 30 de agosto de 1808 el *Convenio de Cintra* por el que se obligaba a evacuar el Reino de Portugal, con lo que las tropas inglesas destacadas en aquel Reino podían reforzar a las españolas, que iban a atacar a los imperiales replegados en el valle del Ebro.

Este sombrío panorama decidió a Napoleón a dirigir personalmente las operaciones militares en España, y el 8 de noviembre de 1808 el Emperador, a quien acompañaban los Mariscales Soult y Lannes, llegaba a Vitoria donde le esperaba, en su cuartel general, el Rey intruso José. Poco tiempo estuvo Bonaparte en Vitoria, puesto que el día 11 entraba en Burgos, tras de vencer la resistencia que le opuso en Gamonal el Conde de Belveder, y el 2 de diciembre tras forzar el puerto de Somosierra, se hospedaba en la *Quinta del Recuerdo* de su oponente el Duque del Infantado (9), en Chamartín de la Rosa.

Sir John Moore, que había sido nombrado jefe del Ejército inglés en Portugal, se encontraba al frente de unos 18.000 hombres en Salamanca desde el día 13 de noviembre. Mucho se ha discutido sobre su actitud de aquellos días, pero en lo que diferentes autores están de acuerdo es que perdió mucho tiempo en Salamanca (cerca de un mes),

---

(9) General en Jefe a la sazón del Ejército del Centro y miembro del Consejo de Regencia después. La *Quinta del Recuerdo* pertenece a la Organización Nacional de Ciegos y, debido a su abandono, corre el rumor de que próximamente será derribada, lo que esperamos no suceda, aunque sólo sea por respeto a la Historia.

Juan de Gante no pudo lograr su propósito de ser Rey de Castilla y de León, pero el regresar a Inglaterra en febrero de 1387 dejaba casada, con el Rey Juan I de Portugal, a su hija Felipa, y prometida del heredero del trono castellano-leonés —el futuro Enrique III el Doliente— a su hija Catalina. «Nuestra gran Reina Isabel la Católica, nieta de este matrimonio, resultó así tataranieta de los dos hermanos fraticidas de Castilla, bisnieta de Juan de Gante y tataranieta de Eduardo III de Inglaterra. Por eso, cosa curiosa, cuando Catalina de Aragón llegó a Inglaterra, volvía en realidad a la tierra de su bisabuela Catalina» (8).

#### Napoleón y Sir John Moore.

El lector de la inscripción que figura en el monolito que marca la divisoria entre España y Francia en lo Alto del Puerto del Somport (1.631 metros) obtiene la conclusión de que se encuentra justamente en el lugar por el que penetraron en nuestro país los ejércitos napoleónicos al inicio de la guerra llamada Peninsular por los ingleses, de España por los franceses y de la Independencia por los españoles. Dicho monolito conmemora la terminación de la ruta imperial número 127 que, iniciada en París, termina ahí mismo, construida en su totalidad —dato muy significativo— en poco más de un año y —este es el dato principal— concluida en el mes de febrero de 1808.

El monolito es, pues, mudo testigo de que, en la mente de los ingenieros de la Francia de 1807, estaba bien presente el más antiguo de los tradicionales caminos de peregrinación al sepulcro del Apóstol Santiago, puesto que muchos de sus tramos fueron transformados en carretera con evidente premura de tiempo, siendo el último de ellos, el de Oloron al Somport (55 kms.), uno de los tres que los cuatro Vizcondes soberanos del Bearn de la dinastía catalana de los Moncada —Gastón VI, Guillermo I, Guillermo II y Gastón VII— habían mandado empedrar en el siglo XIII para facilitar el paso de los peregrinos.

Quizá el precedente de reunir en Bayona durante el mes de septiembre de 1807 al ejército, que al mando del Mariscal Junot, a través de España, invadiría el Reino de Portugal, movió al Emperador Napoleón a utilizar esta última plaza como base de partida para la introducción sucesiva en nuestro país —entre octubre de dicho año y marzo de 1808— de los cuerpos de ejército del general Dupont, del Mariscal Moncey, del general Savary y del Mariscal-Príncipe de Murat que fue nombrado generalísimo de todas las fuerzas francesas que se encontraban en España.

(8) ERNESTO LA ORDEN MIRACLE: *Santiago en América y en Inglaterra y Escocia*. Madrid, 1970. Obra de la que poseemos un ejemplar amablemente dedicado por su autor. En el número 11 de la REVISTA DE ESTUDIOS TURÍSTICOS efectuamos la recensión de otra obra del mismo autor titulada *Por el pueblo y los pueblos de Madrid (Ideas para un programa de embellecimiento y bienestar)*.

permitiendo reunir a Napoleón 100.000 soldados, la mayoría veteranos de la *Grande Armée*. Lo más probable es que «Cuando se enteró de los reveses sufridos por los españoles en la línea del Ebro, comprendió que con las escasas fuerzas de su mando no podría oponerse al Emperador; resolvió pues retirarse a La Coruña...» (10), pero el caso es que el 22 de diciembre estaba en Sahagún de Campos, Ese mismo día salía a su encuentro el Emperador de los franceses por una de las mejores carreteras de la Europa de entonces: La carretera de Madrid a La Coruña, hoy la N-VI, pero que fue la primera que encargó el Rey Don Fernando VI a Don Fernando Ward, por lo que debería denominarse N-I (11) y coronaba con sus tropas —tras cuatro horas de penosa ascensión, debido a las inclemencias del tiempo— el Alto del León, haciendo noche en San Rafael.

Entonces se inició una de las mayores competiciones de marcha militar que haya registrado la historia. El objetivo, Astorga, en donde Napoleón —si llegaba el primero— esperaba cortar la retirada a su adversario y también en donde Sir John Moore había ordenado reunírsele a la División de Sir David Baird, que había desembarcado en el puerto de La Coruña. Al mismo objetivo marchaban los ejércitos imperiales por una de las más modernas vías de nuestro país, óptimo fruto de los desvelos de tres Reyes de la dinastía Borbónica: Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. Mientras que los ejércitos ingleses se desplazaban por el viejo *Real camino francés a Santiago de Compostela*, el que hoy conocemos como el *Camino de Santiago* que, en aquel tiempo, conservaba aún incólume su trazado medieval.

Cuando el 31 de diciembre de 1808 Napoleón, acompañado del Mariscal Lannes, entraba en Astorga, los ingleses ya habían pasado camino de Villafranca del Bierzo, pero, y ésto es curioso, no todos puestos que algunos quedaron en la *capital de la Maragatería*, ya que el Barón de Marbot relata en sus *Memorias*: «Así pues, sucedió que en el mismo momento en que el Emperador hacía desfilar ante él a los Cuerpos (de Ejército) de Soult y de Ney fuera de las murallas de Astorga, se oyeron gritos en una espaciosa granja; se la abrió y se descubrió a unas mil doscientas personas, entre mujeres y niños ingleses, que, agotados por la larga marcha de los días precedentes, hecha bajo una lluvia glacial, en medio del fango y de torrentes desbordados, no habían podido seguir al ejército del general Moore y habíanse refugiado en esta espaciosa granja, donde vivían de cebada cruda desde hacía cuarenta y ocho horas. Casi todas estas mujeres y estos niños eran bellos, a pesar de los fangosos harapos

(10) CARLOS IBÁÑEZ DE IBERO, MARQUÉS DE MULHACÉN: *Episodios de la Guerra de la Independencia*. Madrid, 1963.

(11) GONZALO MENÉNDEZ PIDAL: Ob citada. Según el Embajador de España y primer heraldo jacobeo, JOSÉ MIGUEL RUIZ MORALES, dicha carretera tenía como principal objetivo unir a Madrid con el Arsenal de El Ferrol.

que los cubrían. Inmediatamente rodearon al Emperador, quien emocionado por su triste situación, los hizo alojar en la ciudad, donde recibieron víveres y envió un parlamentario al general inglés para anunciarle que, en cuanto el tiempo lo permitiese, le serían devueltos las mujeres y los hijos de sus soldados» (12).

He aquí como, debido a la peculiaridad del ejército inglés de permitir que los soldados casados fuesen seguidos en todos sus desplazamientos —tanto en tiempo de guerra como de paz— por sus familias, peculiaridad que perduró hasta bien entrado el siglo XIX, recorrieron en tan penosas circunstancias la *vía jacobea* miles de mujeres y de niños —no hay que olvidar que los franceses encontraron tan sólo a los que quedaron rezagados— tras de los soldados de Moore.

Ese mismo día, 1 de enero de 1809, Napoleón decidió regresar a Francia. El 17 de enero partía de Valladolid, llegando a Irún el 21. Al regresar no utilizó la *ruta de peregrinos* entre Astorga y Burgos. Prefirió tomar la entonces ya modernizada carretera —la hoy denominada N-620— que desde la antigua Corte, le conduciría rápidamente a su país por Burgos, Vitoria, Tolosa e Irún.

Sir John Moore llegó a La Coruña el día 11 de enero de 1809. Los barcos ingleses no llegaron hasta tres días después. Para facilitar el embarque de sus tropas esperó a los franceses del Mariscal Soult en el Monte Mero, a tres kilómetros del puerto. El día 16 tuvo lugar la batalla que los ingleses —y los franceses— denominan de La Coruña, y los españoles de Elviña, en la que Sir John quedó tan gravemente herido, que hubo de resignar el mando en el general Sir John Hope falleciendo poco después en la casa coruñesa situada en el Cantón Grande, hoy señalada con el número 13. Exclamó antes de morir: «*I hope my country will do me justice*». Pero en todos los países de habla inglesa es conocido por el poema que en 1817 le dedicó el poeta irlandés Charles Wolfe, titulado *The Burial of Sir John Moore after Corunna* que empieza *We burried him darkly at dead of night. The sods with our bayonets turning...*» ya que dicho poema figura en casi todos los libros de texto de literatura para le Enseñanza Media.

Muchas veces hemos comentado con el Bibliotecario del Instituto de Estudios Turísticos, nuestro compañero Jaime H. Sampelayo, el recogimiento que produce la visión de la sencilla tumba del general inglés en los sombreados jardines del antiguo fuerte de San Carlos. Sarcófago de austero granito con desgastada lápida de blanco mármol, enmarcada con los poemas que en fechas algo distantes le dedicaron en inglés, Charles Wolfe y en gallego Rosalía de Castro y

(12) GENERAL BARÓN DE MARBOT: *Memorias (Campañas de Napoleón en la Península Ibérica)*. Traducción de José Ramos. Madrid, 1965. De esta interesante obra efectuamos una recensión en el número 7 de la REVISTA DE ESTUDIOS TURÍSTICOS.

al fondo el mar, la meta que no pudo alcanzar Sir John Moore. El mar por el que navegaba, muy a su pesar, el general francés Lefebvre-Desnouettes, que había sido hecho prisionero por los ingleses el 30 de diciembre de 1808 en Benavente. Dicho general francés era el único que en el Otoño del año de 1807, tratando de emular a Carlomagno, había penetrado en España por Valcarlos y Roncesvalles. Si no tuvo el glorioso, aunque trágico fin de Roldán, sufrió en Londres el más largo cautiverio que durante las campañas napoleónicas soportó un general del ejército imperial.